

Un regreso al desquicio

República Centroafricana está demasiado lejos. Poco más de 9100 kilómetros separan a su capital, Bangui, de la ciudad autónoma de Buenos Aires. Las noticias de lo que allí sucede llegan de manera muy esporádica, y generalmente cuando tiene lugar una catástrofe de las que tanto deleitan el morbo de ciertos medios y sus lectores.

República Centroafricana nos es ajena. A la distancia se suman las diferencias culturales, el poco atractivo turístico que a los de esta parte del mundo nos ofrece un destino mediterráneo enclavado en el centro del continente africano.

Pero hoy, nuevamente, el mundo se hace pequeño y la República Centroafricana comienza a arder en cada rincón del planeta.

En ese lugar tan lejano y ajeno un golpe de Estado encabezado por la coalición Seleka derrocó en marzo de este año al hasta entonces presidente François Bozizé. Desde entonces el país se encuentra sumido en un caos que avanza día a día, engullendo en su camino cuanta humanidad encuentra. El Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, quien fuera la potencia colonial en la zona, lo explica de manera simple: “es el desorden absoluto. Hay siete cirujanos para cinco millones de habitantes, una mortalidad infantil del 25% en algunas partes del país, un millón y medio de personas que no tienen nada, ni siquiera para comer, bandas armadas, bandidos”.

Musulmanes partidarios de la coalición Seleka se enfrentan en las calles a cristianos partidarios del presidente depuesto. La Unión Africana y Francia ya tienen presencia militar en el país, pero no consiguen detener lo que ya se avizora bajo el terrible nombre de “genocidio”.

Un llamamiento se hizo fuerte en el día de ayer cuando Monseñor Dieudonné Nzapailanga, arzobispo de Bangui, reclamó a las Naciones Unidas el darse prisa en enviar fuerzas de paz, “El costo del retraso es incalculable”, sentenció. Un costo tan incalculable como el abandono en el que la comunidad internacional deja a pueblos enteros cuando mira hacia otro lado ante el hambre, la pobreza, la carencia de servicios sociales básicos, la falta de acceso al agua... Los genocidios no se gestan en un día y, bien por el contrario, cada uno tiene su historia.

El mundo, miope y creyéndose alejado y ajeno a la República Centroafricana, ha actuado como espectador pasivo de la historia de lo que podría ser un nuevo genocidio. El Consejo de Seguridad debe actuar ya de manera decidida en nombre de toda la comunidad internacional para evitar volver al desquicio, porque si se permite que la situación avance la vergüenza que emane desde los sucesos que ojalá no ocurran en República Centroafricana nos hará saber que, en realidad, siempre estuvimos más cerca de lo que pensábamos, como bien lo sabían quienes el 11 de diciembre de 1946 votaron en la Asamblea General de la ONU a favor de la Resolución 96 (I), declarando que el genocidio es un delito de derecho internacional contrario al espíritu y a los fines de las Naciones Unidas.

Kofi Annan dijo “El genocidio -la destrucción de un pueblo entero por sus orígenes étnicos o nacionales- se ha convertido en una palabra de nuestra época, una realidad horrenda que exige una respuesta histórica”. Es tiempo de dar esa respuesta de forma clara y contundente, y con la Carta de la ONU en la mano.

La Plata, 5 de diciembre de 2013